

¿ES ALIAGA AUTOR DEL FALSO QUIJOTE?

Referida con tanta presteza, y solo en lo pertinente á nuestro plan, la vida del fraile zaragozano, entremos en el debate que la crítica suscita al proclamarle autor del falso D. Quijote. Para adelantarse á declaracion tan concluyente, apóyanse los literatos en cuatro fundamentos principales: que Aliaga fué conocido desde pequeño con el mote de Sancho, el cual se le aplicó tanto en el certámen de 1614 como en las sátiras de Villamediana: que concurrió, en efecto, á las justas de Zaragoza, desembozándole los jueces autor del

consabido libro, y descubriendo sus malévolas intenciones: que escribió en 1626 la «Venganza de la lengua española,» siendo este libro en un todo semejante en el estilo al tantas veces mencionado; y cuarto, que el Alfonso Lamberto, de Zaragoza, el Alonso Fernandez de Avellaneda, de Tordesillas, y el D. Juan Alonso Laureles, de Huesca, autor ostensible de la «Venganza,» son tres seudónimos y una sola persona real, Fray Luis Aliaga, mozo de travesura, aventurero osado, fraile astuto, aragonés liso y castellano revuelto, que abrigando de antiguo oculta malquerencia al soldado de Lepanto, le persiguió airado, envenenando los últimos días de su vida.

Si con argumentos incontestables demostramos que algunas de estas cláusulas no se pueden sostener con fortuna, y si oponemos á las otras reparos tan eficaces que á poco mas queden destruidas, habremos satisfecho nuestros intentos, y evitado á los que prosigan estas investigaciones graves é inútiles tropiezos. No entendemos haber agotado la materia ni fallado el pleito sin ulterior recurso. Antes pusimos especial esmero en la búsqueda de cuantos documentos podian ilustrarnos, hoy calculamos haber adquirido derecho para rechazar cuanto no se presenta bien probado ó descansando en argumentos que permiten la contradiccion: es decir, que nos disponemos á negar las afirmaciones de la crítica contemporánea siempre que no cita las fuentes donde recogió los testimo-

nios de sus asertos. Tratándose de la especulacion pura, este proceder no seria el admitido; ventilándose temas sujetos á la esperiencia y la observacion, podria bastarnos el concepto y la autoridad que nos mereciera nuestro contrario; en achaques de erudicion ni basta el racionio, por patente que sea la habilidad que entrañe, ni tiene fuerza por sí el juicio, por mas favorable que se le suponga, que hayamos formado de nuestro adversario: la crítica, inflexible en materia de erudicion, quiere no solo razones, sino hechos y documentos fehacientes que la guien, iluminen y satisfagan.

Hasta ahora no se sabe en qué se fundaron los que dijeron que Aliaga fué motejado desde niño con el apodo de Sancho; tampoco se ha dado razon alguna en abono de esta afirmacion, y como es muy reciente, bien podemos prescindir de ella, relegándola al campo de las conjeturas insostenibles.

Imaginó Cervantes que el lenguaje de Avellaneda era aragonés porque tal vez escribia sin artículos, sin considerar que á la sazón incurrian en el mismo defecto los castellanos. Trascurre poco mas de medio siglo, y Mayans y Ciscár dice que el encubierto pudo ser un personaje y un ente baladí, dando ya como indudable que fué aragonés. Avanza mas el Padre Murillo, llamando á Avellaneda eclesiástico, y da á entender que se apoderó de los papeles de Cervantes, de quien solo escribe desatinos. Cree D. Vicente Rios que fué compo-

tor de comedias y poeta, y adivinando el agravio que le exacerbava, dice que Cervantes censuró sus obras. Para Pellicer fué uno de los vates que se personaron en el certámen poético celebrado en Zaragoza en 1614, y sin señalar cuál sea, adelántase á suponer que Avellaneda era eclesiástico, religioso y por ventura de la orden de Predicadores, atribuyendo sus espresiones indecorosas al prolongado encierro en el cláustro. Veintidos años mas tarde Navarrete imprime casi como axiomas lo que para sus predecesores críticos fueron meras sospechas; ahora el enmascarado Aristarco es persona encumbrada á quien no se atrevió á azotar Cervantes, y consta que asistió á las justas zaragozanas.

Habíase pronunciado el nombre de Aliaga, y Cavaleri y Pazos, por un lado, y D. Bartolomé J. Gallardo por el otro, con mas buen deseo que crítica, hallan el enigma resuelto. Hasta entonces todo se reducía á sospechas y celos, en adelante seria impertinente la duda. Amontónanse las pruebas desde que Castro propala su descubrimiento y no ha reclamado escasa diligencia el conato de aclarar el embrollo para ver lo que habia de exacto y lo que era preciso desechar como arbitrario en el argumento que nos ocupa.

Digámoslo ya sin rodeos. Ni uno solo de los extremos que comprenden los anteriores párrafos está probado. Concédase por respeto á Cervantes que Avellaneda fué aragonés; mas niéguese todo

lo demás. Se ignora el puesto que en la escala social ocupaba el anónimo, si bien puede afirmarse que su libro no es despreciable ni mucho menos. No aparece que vistiera hábito, ni que gastara corona, ni que fuera poeta dramaturgo y miembro de la orden de Predicadores. Las alusiones á la devoción del Rosario, el creérsele fuerte en las sagradas letras son razones muy recusables. Adolfo de Castro ha citado el nombre de un dominico, devoto de la Virgen reverenciada bajo aquella advocación, que escribió mas de un tratado para entender su culto; y sin embargo, las demás señas no conciertan con las que en el anónimo se suponen. Y si esto puede ser mas ó menos discutible, lo que no consiente nuevo recurso es la sentencia del buen sentido sobre lo del certámen de Zaragoza, segun hemos de demostrar.

Admítase, en buen hora, que Fray Luis Aliaga, sobre cuyos hombros pesaba en el momento en que tenían lugar las justas, la máquina abrumadora de los varios cargos—todos importantísimos—con que el rey le había distinguido, era poeta; convéngase en que hasta él llegó la noticia del insignificante acontecimiento; que tuvo tiempo, gusto y ocasión, abrumado como estaba con la variedad de los negocios que solicitaban su ánimo, para dedicarse á disputar un premio sin valor; entretenimiento mas propio de gente ociosa y escritoruelos incipientes, que de una eminencia asaz distraída en el violento arrebató de la vida

cortesana: dando todo esto por exacto. ¿Concíbese que el fiscal de los juegos se atreviera á desembozarle, cuando le imponía la pena que su torpeza reclamaba? ¿Se esplica que en Zaragoza, envanecida de contarle entre sus hijos predilectos, se tolerase tamaña inconveniencia? Arbitro Aliaga de los destinos de las Españas, poderoso personaje á quien rendían párias hasta los mas soberbios, adalid que en palaciana contienda vencía al optimate que le disputaba el imperio de la política, ¿había de inspirar tan escaso temor al juez de unas fiestas literarias, que este osara lastimarle en el punto donde la herida había de serle mas dolorosa? Y si por un capricho inesplicable Aliaga tomó el incomprendible partido de escribir versos para un concurso que ni aun mereció la distinción de que su crónica se imprimiera, lo cual significa que no se le otorgó importancia alguna; si disfrazándose con un seudónimo cualquiera entróse por el palenque donde luchaban plumas sin reputación ni mérito, ¿es creíble que el fiscal prescindiera del mote con que se presentaba y fuera á buscar, despues de identificar su persona, aquel con que la maledicencia le perseguía? Todo esto es perfectamente absurdo. El fiscal no podía referirse á Aliaga, el fiscal castigaba á un Sancho estudiante, oficial ó paseante, á un poetastro presuntuoso y atrevido, que con aquel rebozo comparecía una y otra vez en la liza de donde había de salir corrido, mal trecho y asendereado.

Dudó Pellicer que el Quijote tordesillesco estuviera impreso al tiempo en que se verificaba la pugna poética. Y con ingenuidad candorosa expresa que aun cuando no se hubiese publicado, tendría el fiscal noticia de él y de la intencion con que se escribía. La afirmacion es famosa y peregrina. Aliaga, autor dramático, para tomar desquite de los agravios que en 1605 le infirió Cervantes, escribe un libro que se imprime sigilosamente nueve años despues, en Tarragona. Celebranse unos certámenes en Zaragoza y el fiscal no solo está al tanto de lo que ocurre, sino que ha penetrado el secreto que la obra encierra, adivinando sus intenciones mas recónditas. Decídese por el partido de Cervantes, y puesto que la ocasion es calva, no menosprecia la que el azar le depara y maltrata á Aliaga haciendo alusiones á su obra que debió comunicársele cuando aun estaba en los cartapacios.

Ya lo dijo el señor Fernandez Guerra, demostrando grandísima imparcialidad: «Lo importante, lo delicado, lo grave del cargo, (refiérese al de confesor del rey) la ambicion de Aliaga, la mano que muy luego tomó en los negocios, parecen fuertes razones para concertar la opinion de que puede ser suya la segunda parte anónima del Quijote.» El distinguido crítico tenia razon. Consideradas las circunstancias que rodeaban al dominico, no es probable que tuviera humor ni aun holgura para entregarse á devaneos literarios, que á

ser ciertos le hubieran de seguro criticado Quevedo al intentar retratarle con todas sus puntas y collares, Villamediana cuando mordaz le perseguia en sus sátiras; sus encubiertos enemigos con los mencionados papeles, letrillas y sermones con que durante muchos meses le sacaron á la vergüenza.

Inútil fuera devanarnos los sesos con el afan de embrollar lo que está claro. No se conoce documento alguno contemporáneo de Aliaga ni posterior á su vida, que conduzca á creerle compositor de comedias ó poeta, ni aun siquiera literato, en el sentido propio de la palabra. Para llegar á lo contrario hicimos las mas vivas diligencias y hé aquí lo que arrojan nuestras pesquisas.

Escribe el doctor Martin Carrillo en 1615 su «Historia de San Valerio,» dedicada á Fray Luis Aliaga, á quien encomia sin tasa en la dedicatoria, sin hacer referencia á su cualidad de escritor.

Publica en Zaragoza con la data de 1616 el Padre Fray Diego Murillo su «Fundacion de la Capilla del Pilar.» Elogia por extremo á Javierre, entre otras razones, por haber tenido por discípulo á Aliaga, de quien habla enumerando sus crecimientos y no dice nada que contradiga nuestro juicio.

Luis Diez de Aux imprime en 1619 un volumen de 304 páginas consagradas á compendiar las fiestas que Zaragoza ha ordenado como testimonio del júbilo con que vé á Aliaga nombrado Inquisi-